

qué de sollozos reprimidos no se encerraban en esta corta página que Cipriana cubrió de besos y lágrimas!

» ¡ Oh, hija mía! no me juzgues, no me condenes, aguarda y ten confianza.

» Estamos, ya lo sabes, entre manos que son mas poderosas que las nuestras, pero divinamente buenas.

» Me han prometido el salvarte; y yo tengo tanta fé en esta promesa, como si me hubiese sido hecha por Dios mismo. Sí, te salvarán.

» No vayas á creer que yo te hago hoy traicion. Tu padre va á volverte á hablar de ese odioso casamiento con el baron Matifay. El sacrificio es bien cruel, y sin embargo, preciso es obedecer.

» Esto te parecerá sin duda muy extraño, seguramente, y á mí misma tambien me lo parece. Este casamiento, cuya idea solamente causa nuestra desesperacion, es la via única que te queda para llegar á ser libre y dichosa.

» ¿ Por qué? ¿ De qué manera? Yo lo ignoro; pero lo creo, puesto que ellos me lo han dicho; ellos que son buenos, que saben todo y que lo pueden todo. »

Por la tarde, en la mesa de familia, Loredano estuvo mucho mas preocupado que los dias precedentes, y apenas prestaba atencion á las graciosas niñerías de Liliás.

De vez en cuanto dirigia al soslayo sus miradas á Cipriana, y esta, que adivinaba bien de lo que queria hablarla, sin necesidad de que él desplegase sus labios, volvía hácia otro lado la vista.

El conde vacilaba. Aquella triple y solemne afirmacion: « Cipriana es vuestra hija », le hacia titubear en su conviccion contraria.

Así es que se habia resuelto á no imponerle la menor violencia en el caso que manifestase la mas pequeña repugnancia en reanudar el proyecto de union con Matifay.

Es verdad que él habia comprometido su palabra; pero la desaparicion repentina de madama de Puysaie era un obstáculo independiente de su voluntad; y bastábale no decir al baron que habia recibido aquella misma mañana el consentimiento y autorizacion de la condesa tan ardentemente deseados, para no quedar comprometido.

Las cosas podrian quedarse en tal estado hasta que el baron, de su propio movimiento, viniese á decir que renunciaba al casamiento y á retirar su palabra.

Por último, Loredano fué el primero á romper el silencio. — He recibido noticias de vuestra madre, Cipriana.

Cipriana se puso encendida y bajó los ojos. Era menester mentir; hacerse la ignorante, fingir que no sabia nada.

— ¿ La volveremos á ver pronto, señor?

— ¡ Ah! pobre hija mía; no lo espero. En su carta me habla de tí, de tu casamiento, al que ella no se opone.

Cada vez mas embarazado, Loredano habia cortado estas tres partes de su frase, dejando en cada una de ellas cierto intervalo al pronunciarlas, con el fin de dar lugar á alguna interrupcion que esperaba... pero que esperó en vano.

Cipriana comprendió que habia llegado el momento cri-

tico, é invocando despacito los *amigos desconocidos* á los que obedecia tan animosamente, contestó:

— He prometido obedecer, y obedeceré.

— Pero ¿ sin demasiada tristeza? preguntó el conde.

— Sin tristeza.

Loredano se levantó de la mesa con tal precipitacion, que faltó muy poco para que la echase á rodar por tierra con todo lo que contenia, y exclamó:

— Mirad, Cipriana, vos sois un ángel y no mereceis tener un padre como yo. Gracias á este diablejo, continuó tomando á Liliás en sus brazos para acariciarla; gracias á tu abnegacion, todas mis penas quedan olvidadas, y reparadas todas mis faltas. Sí, hijas mías, á vosotras es á quienes yo deberé todo esto, y estad seguras de que jamás lo olvidaré.

Así, ¡ vive Dios! yo trabajaré por vosotras y por los vuestros, volveré á ser rico, poderoso, dichoso. Y á propósito, Cipriana, ya sabes que tu primogénito será el heredero de mi dignidad de par, y que llevará mi propio nombre, el de conde de Puysaie; y yo te juro que ese mocito no tendrá que darse mas trabajo que el de nacer, porque á estas horas, en medio de vosotras dos, yo me siento mas fuerte que nunca, y te aseguro que de aquí en adelante tendré siempre á la vista y me acordaré de la divisa de nuestra casa: « *Conquista, y después, guarda.* » (Conquiers, puis aie.)

## XII

### PREPARATIVOS.

Hacia mas de dos meses que el palacio de Monte-Cristo estaba desierto.

Ya no se veian carruajes en sus grandes patios, ni durante la noche se veian tampoco relucir por sus anchas ventanas los inmensos candelabros cuyas numerosas bugías y las de las arañas alumbraban los espaciosos salones con resplandores extraordinarios.

Ya no se oían las alegres canciones llevadas por el viento por entre el follaje de los árboles del parque hasta la calzada, que hacian que los transeúntes, atraídos por la música, se parasen á escuchar, arrimados á las verjas del enrejado.

Las casas, así como los hombres, tienen tambien su destino. Esta, que habia visto reunido en sus lujosos salones á todo el París dichoso, á todo ese París que rie, que ama, tenia en aquella hora el lúgubre aspecto de una tumba.

Al retirarse la condesa de Monte-Cristo, la vida se habia retirado con ella de aquella casa.

El palacio de Monte-Cristo estaba pues cerrado, desierto y sombrío, y los transeúntes, que en horas avanzadas de la noche tenian que pasar por aquel sitio, lo hacian con precaucion, y separándose de sus largas tapias, lugares entera-

mente desiertos y muy propios para ataques nocturnos y emboscadas.

La hermosa y misteriosa propietaria habia desaparecido del mismo modo que habia venido, es decir, de una manera mágica y como por encanto, sin dejar de ella ningun vestigio ni traza.

Sus amigos íntimos, entre ellos M. de la Cruz, decian que estaba viajando de incógnito por Alemania, bien incógnito por cierto debia ser, puesto que ni los periódicos especiales de noticias del gran mundo, ni las Gacetas de las aguas y baños minerales, ni los *Magazines*, en cuyas columnas habíase visto figurar su nombre durante un año, no hablaban ni decian una palabra de ella, ni daban señales de su paso.

En París las impresiones son mas vivas y se manifiestan pronto; pero con la misma facilidad se borran, al paso que en los pueblos de provincia es menester que pasen casi siglos para que ciertos hechos ó personajes se olviden, mientras que en la gran ciudad en donde se vive tan de priesa, bastan algunas semanas para perder el recuerdo.

Al ver aquel palacio cerrado tan silencioso y triste, muchas gentes no sabian que era ese palacio el de la condesa de Monte-Cristo, de quien muchas de ellas, de seguro, habian hablado con envidia.

Ya corria una leyenda sobre aquella habitacion desierta. Decíase que por la noche se veia brillar una luz en el mismo sitio siempre, cuyo resplandor parecia el de un ojo inflamado.

Y que esta luz eterna y fija era el alma de aquella casa muerta.

Pero héte aquí que un dia se abrieron de par en par las grandes puertas del edificio en el que entró un ejército de trabajadores de todas clases y de tapiceros adornistas.

El baron Matifay estaba enamorado, y no encontraba nada que fuese bastante bello para su querida Cipriana. El lujo con que el palacio de Monte-Cristo estaba adornado y amueblado, no le parecia suficiente.

El plan de Aurelia habia salido á medida de su deseo.

Dejándose vencer por las observaciones del coronel Fritz, el baron habia abandonado las obras de construccion que hacia ejecutar en el barrio de la Chaussée-d'Antin, obras que iban con mucha lentitud, segun su impaciencia.

Para arreglar la cuestion del alquiler, el baron se habia abocado con M. José, y este, á su vez, le habia sugerido la idea de que se entendiese con Clemente para el arreglo y direccion de todas las obras que hubiese que ejecutar en el palacio.

Clemente, es verdad, no era mas que joyero; pero no era por eso menos inteligente en todo lo que atañia al arte de la decoracion. Su golpe de vista comprendia inmediatamente las consonancias y disonancias de los colores, y su rica imaginacion sabia apreciar esas mil pequeñeces, perceptibles solamente para los ojos de gusto delicado.

Este antiguo leñador era un gran poeta.

Y poeta en la acepcion mas lata de esta palabra: poeta por instinto. El ruido del viento en las ramas habia sido su

maestro de música; y los contrastes admirables y poderosos de la armonía de los colores le habian enseñado los tonos verdes, azules, rojos y celeste que habia observado en el bosque y en el cielo.

Pintor, músico, poeta, reunia todas las aptitudes. Seguramente, nunca podria sobresalir ni como pintor, ni como músico, ni poeta, porque le faltaba la educacion primaria, y ademas, porque la fuerza intelectual es semejante á la luz, que necesita concentrarse en un punto para que se desarrolle y brille con mayor fuerza.

Pero tal como era, Clemente estaba dotado de una comprension particular y admirable para distinguir y expresar esas mil impresiones casi imperceptibles y difíciles de explicar que forman esa especie de instinto, sin el cual nunca se llega á ser artista.

Así fué que el baron Matifay habia elegido á Clemente para dirigir todas las obras de adorno y embellecimiento del palacio.

De una cosa á otra, y de detalle en detalle, todo se fué cambiando, poco á poco, en aquella morada rica y adornada ya como la de una reina.

Una sola parte quedó tal como estaba, y se respetó por órden expresa de Cipriana, el invernáculo de las flores, y el pabellon contiguo que la condesa se habia reservado expresamente en el convenio del arriendo.

Desde la mañana hasta la noche, no hacia mas que subir, bajar, volver á subir, ir y venir por todas partes con una actividad extraordinaria é incansable. Habia tomado por puntillo de honor que todo fuese maravilloso, delicado y del mas refinado y exquisito gusto.

No se clavaba un solo clavo sin que no hubiese indicado él antes el sitio, ni se extendia una alfombra ó una colgadura, sin haber estudiado de antemano y casado bien los colores y dibujos.

Se habia encargado mas particularmente, y con un cuidado especial, del adorno y arreglo de los cuartos del baron y de Cipriana.

Inventó y arregló para esta un verdadero nido de curruca, forrado de terciopelo y raso: lindo como una caja de dulces de aguinaldo; la habitacion verdaderamente de una hada.

En cuanto al cuarto del baron, separado del de su desposada por un largo corredor oscuro, y amueblado con severos muebles de encina y con alfombras de los Gobelinos, no tuvo que hacer Clemente muchos esfuerzos de imaginacion para su arreglo.

El mobiliario era poco mas ó menos igual al que se veia por todas partes: una cama con columnas retorcidas cubierta por un dosel, una gran mesa de encina, colgaduras alfombradas y sillones á lo Luis XIII, forrados del mismo modo, y en fin, en frente de la chimenea, guarnecida en su meseta con algunos bronceos de mérito pero severos, una mesa-consola sobre la que parecia apoyarse un enorme espejo.

Sin embargo, este cuarto adornado de una manera tan vulgar aunque lujosa, era el que parecia haber ocupado mas la atencion de Clemente.

Así es que no había dejado á nadie poner manos á la obra, y había querido ocuparse él mismo personalmente de su arreglo, sin aceptar el concurso de ningún otro obrero mas que el de nuestro amigo Jacquemin.

Mientras estaban trabajando los dos, se encerraban en el cuarto, y no dejaban entrar en él á nadie.

Había una cosa que parecía preocuparles mas particularmente: era la colocacion del grande espejo; durante muchos dias tuvieron diferentes conferencias respecto á eso.

En fin, una mañana llegó Clemente radiante y contentísimo, y le dijo á Luis:

— Ya he encontrado el secreto del espejo.

Durante aquel dia no volvió á vérselos mas; solo se oía el ruido de sus martillos y limas, y al dia siguiente apareció ya colocado el espejo, y se permitió á todo el mundo la entrada en el cuarto del baron.

A decir verdad, aquel espejo no tenía nada de maravilloso, ni raro, nada que justificase la necesidad de haber hecho tan largos y misteriosos esfuerzos. Era si un espejo muy grande, muy ancho, muy claro, y encajado en un marco de madera negra maravillosamente cincelado al aire, y estaba colgado á la pared, como otro cualquier espejo, por encima de la mesa.

Así fué que los otros tapiceros-adornistas, algo picados y envidiosos por la preferencia y predominancia que se había dado á Clemente sobre ellos, no pudieron contener sus burlas al ver que le había sido menester emplear tres dias para una obra que habrían podido hacer ellos en algunas horas.

Clemente, haciéndose el desentendido, los dejó hablar, y aparentó no haber oído sus burlas.

Al cabo de quince dias, el palacio restaurado en sus adornos, brillante y deslumbrador por su lujo, no esperaba ya mas sino á su nueva dueña.

Los lacayos ocupaban las antecámaras, vestidos con sus grandes libreas, y en los cuartos y salones, aunque vacíos todavía, se empezaba á respirar cierto aire de vida.

Los palafreneros lavaban los carruajes en el patio, los caballos hacían resonar sus cascos en el pavimento de encina de sus cuadras, y los jardineros, con sus palas y rastrillos en mano, se ocupaban en arrancar las yerbecillas de las calles del jardín.

Habiendo sido vendido el palacio de Puysaie, y debiendo hacerse la entrega de él al nuevo propietario dentro de un breve plazo, se había decidido que el conde pasaria á ocupar toda el ala derecha del palacio de Monte-Cristo, á donde le acompañaria también Lillas, porque ¿cómo se la había de separar de su papá Loredano y de su mamita Cipriana, para volver á mandarla al convento? Eso no era posible.

El conde hacia mil proyectos, y el baron formaba planes de felicidad doméstica. De seguro, el corazón de este lobocervál se había conmovido: hablaba de su amor en un tono que hubiese parecido enternecimiento, si no hiciese recordar el episodio cómico de maese Fox, retirado á una ermita para vivir allí solo con leche y raíces.

En una palabra, todo el mundo parecia dichoso, ó aparentaba serlo.

Todo el mundo, ¡ay! excepto Cipriana, que, á pesar de su ciega confianza en los amigos desconocidos, no veía acercarse el dia fatal sin angustias de muerte.

Excepto también el coronel, que cada dia, cada semana, y de hora en hora, se volvía mas socarrón, y se ponía mas sombrío.

La repulsion de Lillas por él, á pesar de su bello rostro, pero siniestra fisonomía, no había hecho sino aumentarse mas.

Todas las tentativas y esfuerzos que había hecho para conquistar el afecto de la niña, habían sido inútiles, y parecia que se volvían contra él los medios que empleaba con aquel objeto.

De dia en dia le causaba mas miedo, y todos aquellos personajes de los cuentos encantados, tales como Barba-Azul, el Ogro y Traga-niños, se los representaba en su imaginación infantil bajo el mismo aspecto que el coronel Fritz.

Hay gentes á quienes el dolor purifica, y otras en quienes engendra la acritud del corazón, que se cambia en rencor, en odio ó ira.

El coronel aborrecía con toda la fuerza de su alma á cuantos le rodeaban, y que, al manifestar su gozo y alegría, parecia como que se mofaban de los dolores ocultos que él sufría.

Aborrecía á Loredano, á Cipriana, á Matifay, á todo el mundo, y perdóneme Dios, pero creo que llegaba hasta á aborrecer á su propia hija.

### XIII

#### UN RESPLANDOR, UN RAYO DE LUZ Y UNA SOMBRA.

Nos equivocábamos al decir que dos de nuestros personajes eran los únicos que arrojaban algunas nubes de tristeza en el horizonte de dicha, de esperanza, de proyectos de amor y de fortuna que brillaba hacia quince dias en el palacio de Puysaie.

Había otro tercer personaje, y, ciertamente, el no menos simpático de los de esta historia, que padecía horriblemente.

Ya habría adivinado, sin duda, el lector, que nos referimos á M. José de la Cruz.

La venta del palacio de Puysaie á madama Lamouroux y el arriendo del de la condesa de Monte-Cristo, le habían puesto en relaciones directas y seguidas con Loredano.

Así es que ahora podía entrar y salir á todas horas en la casa de la calle de Varennes.

El conde no había podido menos de quedar prendado de aquella fisonomía noble y varonil, y amaba ya á M. José, á quien no conocía sino de unos veinte dias, como se ama á un amigo á quien se conoce hace veinte años.

El coronel Fritz, en los primeros dias, había tenido algunos sentimientos de envidia contra aquel recién venido. Rastreaba cierta hostilidad secreta bajo aquellas apariencias de dignidad fría y de fina política que el bello extranjero usaba siempre con él; y aun había llegado á dar cuenta de sus sospechas á M. Gigant.

Pero este, que sabía el papel que representaba en los planes de Aurelia, había detenido al coronel desde sus primeras palabras diciéndole:

— Hé ahí un sugeto con quien es preciso no meterse, porque nos servirá á su tiempo.

M. Gigant había vuelto á recobrar toda su antigua influencia sobre Fritz, al que no se dignaba dar explicaciones, y este, sin exigirselas, le obedecía ciegamente.

Obedecía porque estaba persuadido que era imposible emprender ninguna lucha; pero con la firme resolución de hacer saltar todo en los últimos momentos, si llegaba á percibirse que se burlaban de él.

Y así como hemos visto, había dado parte de esta resolución clara y formal al hombre de negocios, y creía que este debía conocerle lo bastante para echar en olvido y despreciar semejante advertencia.

Así, poniendo contra mal viento buena cara, se manifestó tan obsequioso y fino respecto á M. José, como este se conservó siempre con él frío y desdeñoso.

No se pasaba una noche sin que M. de la Cruz dejase de venir al palacio de Puysaie.

Era un medio de ver á Cipriana, ¡ay! y aunque no fuesen sino algunos minutos de dicha, esto era todo lo que le quedaba.

La condesa de Monte-Cristo le había prometido proteger y salvar á Cipriana; pero ¿por qué medios? esto era lo que él ignoraba.

Seguramente tenía una confianza ilimitada, una fé ciega y profunda en las promesas de aquella querida y valerosa Elena; le había visto ya hacer muchos milagros; pero tocaba demasiado cerca á sus propios intereses para dejar de tener miedo, y bien á menudo se decía:

— Esto es demasiado difícil: no podrá conseguirlo.

Pero sabía también, al mismo tiempo, que una de las condiciones indispensables para el éxito feliz del plan secreto de la condesa, era la confianza y la completa obediencia de Cipriana respecto á los desconocidos protectores: de modo que cuando se hallaba en su presencia, disimulaba sus dudas, y cada una de sus miradas parecia decirle:

— Todo se ha salvado. ¡Animo!

Y ¡ay! en aquellos mismos momentos, él se decía á sí mismo:

— Todo está perdido.

Y mientras tanto, los dias y las semanas se pasaban, y se acercaba el término fatal: dentro de quince dias, dentro de ocho, dentro de cuatro, mañana la encantadora Cipriana pondría la corona simbólica de flores de azahar en su frente, y colocaría su mano en la de un hombre que no sería José.

Y prometería con juramento el amar á aquel hombre, el

obedecerle y el mirarle y considerarle como su dueño y esposo.

A esta idea, el corazón de M. José latía de tal manera, que parecia querer salir del pecho; pero era preciso sonreírse, y se sonreía, y al ver aquella generosa sonrisa, Cipriana cobraba ánimos, y se robustecía su esperanza.

Las obras de restauracion del palacio de Monte-Cristo se hallaban enteramente terminadas, y una tarde, al salir de la Bolsa, el baron vino á anunciar esta dichosa noticia á Cipriana.

La alegría hacia brillar sus ojos pardos: aquel palacio en el que había arrojado muchas centenas de mil francos, era su declaracion amorosa.

Los hombres de negocios son todos iguales. Pagando mucho y todo caro, es como ellos se figuran probar que aman.

Y sobre este punto, Matifay queria dar pruebas irrecusables de que amaba lo menos por un millon, á Cipriana.

Manera de seducir á una Julieta que no habría inventado el mismo Romeo.

Sin embargo, el baron se manifestaba tan feliz de que se hubiese presentado una ocasion de hacer ver los afectuosos sentimientos de su cartera, que hubiera sido un cargo de conciencia el haberle privado de esta satisfaccion.

Así fué que Cipriana consintió en ir, en el mismo coche de su novio de sesenta años, y acompañada de su padre, á visitar la mágica habitacion que no tardaría en ser la suya propia.

Recorrió todo el palacio, aparentando el prestar su atención á las explicaciones del baron, que con la mas cuidadosa satisfaccion hacia notar el coste de cada cosa.

De buena gana, y á la manera de alguno de los héroes de nuestro querido maestro y amigo Champion, habría tocado con sus manos y dado golpecitos sobre el seno de las Vénus, para hacer notar que eran de verdadero bronce, y «máximo.»

Después bajaron al jardín.

Empezaba á oscurecer.

Apoderándose de Cipriana una tristeza repentina, dejó á su padre en compañía del baron hablando sobre algunos arreglos interiores que habría que modificar, y se dirigió hacia el invernáculo.

Allí á lo menos no se había cambiado nada.

Las flores exóticas ofrecían siempre á la vista sus odoríferas guirnaldas suspendidas ó sostenidas por los lindos aparatos de hierro trabajado, ó por ricas alambreras: y el agua continuaba cayendo en la concha de mármol blanco, con su murmullo melancólico y monótono.

Cipriana se sentó en un banco, en aquel mismo en que por primera vez, por la única vez en su vida, había hablado con M. José. — ¡Ay! ¡cuánto tiempo había trascurrido desde aquel dia, y cuán lejano le parecia aquel tiempo, bien cercano, sin embargo!

¿Qué se habían dicho entonces?... Su memoria no le recordaba ya las palabras, pero sentía resonar el eco de ellas en su corazón como un tañido de muerte.

Aquel dia fué cuando oyó de la boca misma de M. José